

San José, Costa Rica

15 Septiembre de 1911

RENOVACIÓN

Año I

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA
PEDAGOGÍA RACIONALISTA

Núm. 17

SOCIOLOGÍA

Sofisma burgués

Se ha pretendido someter la ciencia á una interpretación, constituir una ortodoxia científica y rechazar como heterodoxos y heréticos todos los pensamientos discordantes de la definición oficial. Siguiendo las huellas de la intransigencia religiosa, y para que no falte la similitud entre la fe científica y la fe mística, se ha forjado una especie de Santo Oficio moderno que castiga á los incrédulos pobres. Esa nueva inquisición no entrega ya sus víctimas al brazo secular, porque es ese mismo brazo secular el encargado de juzgar y ejecutar; pero castiga no menos cruelmente que la antigua á los pobres reos de libre examen, á los culpables de libre manifestación del pensamiento libertador, que viven tiranizados en las más bajas capas sociales, y si no hemos vuelto á los tiempos en que se perseguía la fatal manía de pensar, vivimos en otros en que se dictan leyes excepcionales para perseguir el pensamiento de los oprimidos y castigar actos ilícitos, no sólo según las más elementales nociones del inmanente derecho humano, sino según las mismas leyes fundamentales de los Estados. Leyes *scélérates* se denominan en la república francesa las que, á semejanza de las dictadas en otras repúblicas y en las monarquías, sirven de amparo y defensa al privilegio y se oponen al avance progresivo de la idea libertadora de todos los oprimidos.

Sostiene hoy la clase directora como artículo de fe, con sanción penal en sus leyes *scélérates*, que los que en la sociedad disfrutan del poder, de la riqueza y de la ciencia son los individuos preponderantes por más fuertes y mejor dotados, y, por consecuencia, los pobres, los desheredados, los trabajadores son seres inferiores, irredentos é irredimibles, que han de aceptar su suerte.

Cuando la burguesía se determine á escribir su catecismo para uso de la escuela laica, que los burgueses demócratas quieren confundir con la escuela racionalista, pondrán al frente de su primer capítulo: «La naturaleza ha llegado al perfeccionamiento relativo de las especies por la eliminación sucesiva de los individuos mal conformados. Esta eliminación se efectúa por medio de la lucha por la existencia, en la cual los seres mal dotados son vencidos y suprimidos por los más fuertes y más inteligentes.»

Ante todo, niego valor científico á la palabra *lucha* empleada en ese futuro artículo de fe que corre hoy como dogma burgués; porque *lucha*, en su sentido recto, que es como ha de tomarse toda palabra para que tenga valor científico y no dé lugar á interpretaciones y dudas, significa conflicto pasional entre dos inteligencias y dos voluntades, que se resuelve por la fuerza y en que puede aceptarse una solu-

ción pacífica ó resultar un vencedor y un vencido, y ser precedida y seguida de un estado normal de paz y tranquilidad.

Dudo que la frase *lucha por la existencia* traduzca bien el pensamiento de Darwin; porque lo experimental, lo cierto, lo racional, lo verdaderamente científico es que todo lo que vive conserva su existencia acomodando su manera de ser al medio en que se halla, ó buscando un medio más favorable, adaptándose lo que le favorece y puede alcanzar, y rechazando, si puede, lo que le perjudica; pero eso no es luchar. Luchan, y luchan á muerte, y bueno es que luchen, dos seres ó dos colectividades entre sí impulsadas por el deseo ó por la necesidad de obtener una cosa única: una hembra, una comida, una distinción, una ventaja, una hegemonía; no luchan las cosas y los seres por las adaptaciones y combinaciones de lo inconsciente, de lo desapasionado, de lo involuntario, de lo incapaz de luchar que necesitan, y encuentran, fácil ó difícil de alcanzar, logren ó no alcanzarlo.

Los seres vivientes viven, y no luchan esencialmente por y para vivir, sino que luchan excepcionalmente cuando otro ser, rival ó concurrente, le disputa algo que considera necesario á su existencia.

Entre el individuo, persona ó colectividad, siempre exigentes, y el medio ambiente, demarcación geográfica, ó conjunto nacional consuetudinario y jurídico, siempre resistente, existe constante é ininterrumpible una acción y una reacción, efectuando una especie de vaivén determinado por unas oscilaciones semejantes á las de un péndulo que recibiera impulso contradictorio y diametralmente opuesto. La ley de ese movimiento constituye el progreso: su detalle forma la historia; su conocimiento anticipa el ideal.

La *lucha por la existencia* es una frase vacía de sentido, es una frase fantasma encubridora de una gran injusticia, opuesta al progreso, y, por tanto, opuesta á la libertad individual y á la igualdad social.

Invocar en nombre de la ciencia la lucha por la existencia, es como profetizar en nombre de la divinidad que siempre ha de haber pobres en el mundo; frases ambas que constituyen, más que dos errores, dos grandes crímenes de lesa humanidad.

No culpo á Darwin ni á los sabios que de buena fe le siguen. Sé que la burguesía ha truncado con miras egoístas de clase el pensamiento de aquel gran hombre, como ha demostrado Kropotkine con *Entr'aide* (Ayuda mútua), y como la entiende el Proletariado con la Asociación Internacional de los Trabajadores y con sus Confederaciones generales del Trabajo, obra del sindicalismo moderno, expresión nueva de la gran solidaridad obrera internacional.

Suele decirse á los trabajadores, por escritores burgueses y aun yo recuerdo haberlo leído por algún escritor obrero procedente del socialismo parlamentario, «que ninguna clase social debe intentar una revolución mientras no sea la clase más fuerte; y no ya por su ideal, sino por su superior inteligencia, por su mayor moralidad, y esto no de un modo relativo, sino absoluto.

Y considero que el obrero que tal crea se pierde para siempre para el compañerismo, para la acción común, para el progreso, porque esa afirmación es contraria al espíritu de la historia, en que resplandece el valor moral y material de las minorías como activísimos agentes progresivos.

La Enciclopedia, gran obra intelectual precursora y en gran parte causante principal de la Revolución francesa, la escribieron unos cuantos sabios y no sólo no brillaba entonces la burguesía en general por su superior inteligencia, sino que hoy, transcurrido más de un siglo, abundan los ignorantes adinerados.

El proletariado actual no asiste á la universidad, ni casi á la escuela; pero sabe que es explotado, que se le afambica la vida por medio del jornal, que la acesión es la línea divisoria que rompe la unidad humana para sostener la división de pobres y ricos, y como

quiere su parte en el patrimonio universal, pasa de largo ante consejos impertinentes y tira á romper el falso equilibrio de la actual sociedad.

No diré que eso baste para el logro de su propósito; pero tan lejos estoy de creer en la superioridad intelectual y moral de la burguesía, que aseguro que lo que falte de sabiduría á los obreros lo completarán con su torpeza los burgueses.

Los actuales usurpadores y usufructuarios del poder y de la riqueza no son, pues, los más inteligentes ni los mejor dotados por la naturaleza, sino los favorecidos por la trampa del privilegio. Si en la sociedad los seres bien dotados prevalecieran y suprimiesen á los inferiores, tendríamos una sola categoría de poderosos, ricos y sabios, y el paria no hubiera podido transformarse en esclavo, siervo ni proletario, escala progresiva por la que los seres tenidos por inferiores ó débiles han llegado hoy á la vida de la democracia y alcanzarán mañana la acracia. La historia, al consignar el progreso social, que consiste principalmente en la supresión de las diferencias de clase, evidencia con perfecta claridad la afirmación contraria: el señor absoluto de vidas y haciendas que se creía tan poderoso como un dios, cuya voluntad subyugaba todas las voluntades, cuyo capricho era la única ley, fué sucesivamente compartiendo su poder con diferentes categorías sociales que ante él se levantaban, llegando en el día á convertirse en una vana sombra de majestad protectora de la burguesía dominante, que pacta con las poderosas fuerzas democráticas, en tanto que llega el último término de la evolución social con el establecimiento de la acracia, que eleva el nivel común de las condiciones sociales al punto final de la aspiración de justicia.

Para que los supuestos vencedores en la supuesta lucha por la existencia

tuvieran razón, esa lucha hubiera durado un plazo más ó menos largo, pero hubiera terminado por la supresión de los débiles y los inferiores; los fuertes y los superiores hubieran quedado solos, y como en su soberbia ninguno hubiera querido someterse al duro trabajo, hubieran quedado como reyes sin vasallos, legisladores sin pueblo, generales sin soldados, pastores sin grey, sabios sin admiradores, artistas sin público; no habiendo cultivadores, productores, ni abastecedores de lo indispensable para la vida, en cuyas faenas se han ocupado siempre los inferiores, la vida hubiera terminado por un cataclismo más tremendo que el anunciado para el juicio final.

¡Oh, no, y mil veces no! Mientras veamos individuos que salen de los abismos de la miseria y de la ignorancia para alcanzar las posiciones más brillantes y gloriosas, y sea posible, por el contrario que los descendientes de la recién encumbrados ó de los encumbrados de larga fecha, caigan en la abyección ó el embrutecimiento; mientras veáis al proletariado de las grandes poblaciones agitarse, discutir, organizarse, celebrar congresos, dar conferencias, publicar periódicos, y constituir casi por sí solos la sociología, ciencia eminentemente revolucionaria, preparando la lucha final por la huelga general, y frente á ellos veáis á los restos de la aristocracia criar caballos, dedicarse á inútiles deportes, frecuentar el trato de horizontales y rufianes, y á los vástagos de aquellos burgueses que engordaron con la desamortización, ó á los de los monopolizadores de la industria y el comercio, llevando todos á la vista los estigmas del vicio y de la degeneración, vistiendo con servil sujeción á las exigencias de la moda, bien podemos asegurar que el nuevo dogma social es falso, ridículamente falso.

ANSELMO LORENZO

COMPAÑEROS.—Si queréis ayudar á la vida y difusión de **Renovación** suscribiros y buscadnos suscriptores.

Razonando

«La guerra ennoblece y desarrolla las grandes virtudes», dijo el mariscal Moltke. Según eso, después de las grandes guerras las naciones deben hallarse en pleno apogeo de la virtud y la grandeza moral.

Veamos si los hechos confirman esas teorías. La guerra de Treinta Años fué una de las más largas que se han conocido en Europa; como resultado hubiese podido moralizarse Alemania del modo más admirable. Desgraciadamente no fué así, y para convencer á los militaristas, he aquí como relatan los historiadores el estado en que se hallaba esa nación en 1648:

«Durante treinta años, la soldadesca se ha entregado á todos los excesos, el país ha sido empobrecido, deprimido y casi *descivilizado*. La inmoralidad ha alcanzado á todas las clases sociales... Las costumbres han vuelto al salvajismo, á la bestialidad. Las escuelas desaparecen, la instrucción retrocede, la superstición se desarrolla, la creencia en la hechicería hace nuevos progresos. Las Universidades se hallan en plena decadencia... Los profesores son mediocres y los estudiantes depravados y perezosos... Entre los hombres que convive aún alguna cultura intelectual, el pedantismo, la mezquinería, la pusilanimidad y el servilismo no hacen sino acrecentarse».

He ahí cómo la guerra desarrolla y ennoblece todas las virtudes; he ahí cómo los hechos responden á las teorías de los militaristas.

La guerra produce siempre la brutalidad y la grosería en los vencedores, la degradación, el odio y el rencor y el espíritu de venganza en los vencidos. El miedo es el origen de numerosos vicios: la hipocresía, la baja, la traición y la duplicidad. ¿Y cuál es el origen del miedo? La violencia del fuerte ó de lo fuerte y su acción sobre el débil ó sobre lo débil, es decir, del vencedor con relación al vencido. La guerra produce sobre todo el miedo social; decir que moraliza equivale

á afirmar que el fuego endurece el hielo.

Se ha dicho también que la guerra ha contribuído á la civilización porque ha sido esparcedora de ideas, y se cita á Alejandro el Grande y á Carlo Magno; al primero como portador de las ideas helénicas al Asia, y al otro como implantador del cristianismo en Germania. Al hablar de las armas de la República y del Imperio, se pretende demostrar que esparcieron por Europa los principios de la Revolución.

En tales afirmaciones hay infinidad de errores.

Ante todo afirmamos categóricamente que no son los ejércitos los portadores de ideas; eso es una pura ilusión. Las armas de Alejandro penetraron hasta la India; libraron batallas y mataron mucha gente. Sembraron la muerte y no las ideas; es todo lo que pueden hacer los ejércitos.

Después los colonos y los artistas griegos fueron á establecerse entre los persas, cosa que hubieran podido hacer más eficazmente sin que pesara sobre ellos el odio al conquistarlos, y ellos fueron los portadores de ideas, no los soldados. Si las tropas de Alejandro hubieran recorrido la Persia de un modo más completo y hubiesen matado diez veces más hombres, al retirarse á Macedonia sin dejar funcionarios civiles y colonos no hubieran dejado en Asia más que hambre y horror...

Y no se repita que sin la guerra no hay medio de introducirse en países extraños. Lo contrario es la verdad. En este caso á que nos referimos podemos afirmar que persas y griegos eran enemigos precisamente por la guerra, y sin ella hubieran podido establecerse tranquilamente, tanto por unos como por otros, donde, cuando y como hubieran querido.

Sin esa enemistad que proviene sólo de la guerra, entonces como ahora la penetración de los pueblos sería mucho más rápida...

J. NOVICOW

PÁGINAS LITERARIAS

La hoja de parra¹

Las dos de la tarde acaban de dar en el gabinete, amueblado con el lujo aparatoso é insolente propio de una cortesana vulgar enriquecida de pronto, cuando Magdalena, envuelta en ligeras ropas de levantar, y aun tembloroso el cuerpo por el frescor del baño, atizó los leños de la chimenea y aproximando al fuego el mueblecillo que le servía de tocador, encima del cual fué colocando cepillos, peines, tarretes, frascos, polvoreras y cuanto había menester para peinarse; en seguida inclinó el espejo hacia sí, se sentó, y, sin llamar á la doncella comenzó á soltarse el largo y abundoso pelo, antes castaño muy oscuro, y ahora teñido de rojo caoba como el de las venecianas á quienes retrató Tiziano. Jamás permitía Magdalena que nadie le ayudase en aquella importante operación del peinado; primero, por horror instintivo á que otra mujer le manosease la cabeza, y además porque deseaba estar sola cuando su amante, según costumbre, iba siempre á la misma hora para deleitarse en contemplarla, bien arrellanado en un sillón, en tanto que sus manos primorosas se hundían y surgían de entre las matas de cabellera formando altos y bajos, bucles, ondas y rizos hasta dejar prieto y sujeto el moño con horquillas doradas, mientras los pelillos revoltosos de la nuca, que llaman tolanos, quedaban stultos en torno de su cuello como rayos de un nimbo roto.

Por coquetería ó por dar tiempo á que su dueño y señor llegara, iba lo más despacio posible, levantándose á veces para distraerse en otras cosas;

pues lo esencial era que al aparecer su amante aun tuviese suelta la sedosa madeja que le inspiraba tantas frases lisonjeras, dándole á ella pretexto para estar con el escote entreabierto y los brazos desnudos, puestos en alto haciendo mil embelesadoras monadas.

Un buen rato pasó escogiendo y apartando medias y puntillas que le habían mandado de una tienda; púsose luego unos zapatos nuevos para convencerse de que le harían un bonito pie, antes de pagarlos, y, por último, se probó un cubrecorsé y una bata, permaneciendo en adoración de sí misma ante el armario de luna, complaciéndose más que en los primores de las galas, en su gallarda figura de madrileña esbelta y en su gentil cabeza de mujer dominadora y altiva.

Era rubia y muy blanca, verdaderamente hermosa y bien formada, aunque algo gruesa, como si en plena juventud pretendiera la carne ahogar á la belleza. Tenía las facciones delicadas, los ojos oscuros, de mirar expresivo, y los gestos y ademanes tan enérgicos y desenvueltos, que á un tiempo delataban la vivacidad de su carácter y el empeño de mostrar una gracia más provocativa y libre de lo que su propia índole consentía. Aun no delataban su lenguaje y modales completa perversión; mas ya sabía desplegar á modo de recursos seguros, el licencioso desparpajo y la franca deshonestidad de quien para vivir se pone precio, esperando acrecentar con el estímulo el deseo y con el impudor la ganancia. Comprendía el poder de sus atractivos y lo extremaba, siendo tan complaciente y mimosa al concederse como dura y despótica para dominar su amante, que la quería poco y la estimaba menos; pero hallaba en ella dulcísimo empleo á sus sentidos porque era hermosa, y completa satisfacción á su vanidad porque le costaba mucho.

¹ Los lectores de *Renovación* agradecerán que les hayamos servido este interesante artículo crítico de uno de los más eminentes escritores españoles contemporáneos.

Parece haber sido escrito aquí para pintar á alguno de esos señores respetables que peroran de día contra la inmoralidad reinante y asisten de noche con fruición á los espectáculos del difunto Teatro Olímpico cuando no á más sustanciosos entretenimientos en los barrios bajos.

Ya comenzaba á impacientarse por la tardanza de su señor, que acaso no pasase de arrendatario, cuando al oír sonar prolongadamente un timbre se acomodó de nuevo ante el tocador. Pocos segundos después una doncella levantaba la cortina de la puerta, dejando paso y diciendo:

—El señorito.

Á pesar del diminutivo, el hombre que entró, sin quitarse el sombrero, era un señor de cincuenta años, alto, bien plantado, mostrando en la mirada y el porte que á despecho de la barba entrecana y el pelo casi blanco, aun debía apreciar en toda su intensidad los encantos de aquella moza. Vestía con exquisita elegancia, y por su edad y aspecto aparentaba ser individuo de algún alto cuerpo del Estado, banquero poderoso ó senador por derecho propio. ¿Quién era en realidad? Uno de esos para quienes el deber es lo que ha de cumplir el prójimo; un favorito de la fortuna, ávido de goces, huérfano de escrúpulos, pero intolerante, asustadizo; nadie y la personificación de muchos.

Acercóse á Magdalena, dióle un beso en el cuello sin que ella mostrase resistencia ó agrado, y quitándose guantes, gabán y sombrero, se sentó en una butaca colocada frente al tocador de modo que pudiera ver á su amante por la espalda y al mismo tiempo contemplar su rostro, reflejado en el espejo.

—Besitos,—dijo ella frunciendo el entrecejo,—besitos... y poca vergüenza. Vamos á ver, ¿Por qué no ha venido usted ayer en todo el día? Mira, que si yo quisiera... apenas tenía horas libres.

—Hija, no he podido.

—No, ¿eh? ¡Un día entero! ¿Qué has tenido que hacer?

—Muchas cosas.

—Pues todo me lo has de contar para que te lo perdone... hora por hora... minuto por minuto...

Y alardeando de apasionada y ofendida, se levantó con el pelo suelto, yendo á ponerse de media anqueta en un brazo de la butaca donde él estaba, diciendo:

—Anda, pichón; dime todo lo que has hecho, y si mientes, ¡te ahogo!

—Pues, mira; ayer me levanté á las doce, almorcé, y á las dos ya me tenías en el Consejo magno de ferrocarriles Hispánicos.

—¿Y qué pitos tocas tú allí?

—Teníamos junta los consejeros, porque los guarda agujas piden aumento de sueldo y se han declarado en huelga. Dicen que ganan no sé cuanto, ocho ó diez reales, y trabajan dieciseis ó veinte horas... y no duermen. Acordamos negar, pero hubo discusión; hasta las tres y media estuvimos allí.

—¿Y luego?

—Fuí á Hacienda: á ver al ministro.

—¿Para qué?

—Ya sabes que tengo unas dehesas en la Mancha. Pues, entre investigaciones y denuncias... nada, que me quieren cobrar doble contribución de la que pago... ¡y no me da la gana!

—Pero, ¿con razón?

—Nunca hay razón para cobrar tanto. Claro que... en realidad debía pagar más... ¿pero quién paga lo justo? Nadie.

—¿Y qué te dijo el ministro?

—Medias palabras. No podía ser explícito, pero comprendí que todo se arreglaría. ¿No ves que en su distrito, si yo quiero, no saca el Gobierno ni un voto?

—En fin, que saldrás con la tuya.

—Cabal. Pagaré lo que hasta aquí.

—Y luego, ¿dónde fuiste?

De allí salí á las cuatro y media. Me encontré en la calle á Pignorote y estuvimos un rato muy largo hablando de negocios.

—¿Qué negocios?

—Una empresa que tenemos. La cosa parece que se tuerce. Pignorote es el que da la cara; el dinero es de varios, yo entre ellos. Dicen malas lenguas que si es limpio ó no es limpio. Todo consiste en adelantar dinero á señoritos... y claro que han de pagar algo. Que algunos son menores... pues que sean. Lo mismo necesitan dinero los jóvenes que los viejos. Pignorote dijo que iba á meter á un muchacho en la cárcel, pero ya verás como no lo consienten sus padres.

—Vamos, que tenéis una sociedad para prestar á menores y luego... lo arreglan sus familias.

—Así, tan en crudo... no; pero el que quiera dinero para vicios, que lo pague.

—¿Y después?

—Me metí en el Congreso. Tenía que votar con el gobierno, por pura disciplina, una gran picardía; sin embargo, como lo primero es el partido, voté. Luego tuve que ir al Círculo para buscar á uno.

—¿Jugaste?

—Poco, hasta las siete.

—¿Y qué tal?

—Medianamente; gané mil pesetas.

—Pues me vienen al pelo.

El caballero sonrió bondadosamente, y sacando del tarjetero diez billetes de á veinte duros, los colocó sobre la falda de Magdalena, diciendo:

—Para alfileres; y ya puedes agradecerlo... Mis chicas tenían no sé qué capricho... Cosas de muchachas. Otra vez será.

—Ella, dando por terminado aquel incidente, tiró sobre el tocador los billetes, y continuó:

—¿Qué hiciste luego? ¿Por qué no veniste de noche? Te estuve esperando... se perdió el palco y me acosté de un humor!...

—Fuí á casa á comer con propósito de venir temprano. ¡Qué si quieres! Hizo la maldita casualidad que, contra lo acostumbrado, no tuviéramos más convidados que mi suegra.

—¡Lagartó, lagarto!

—Sí; estuvimos en familia. Luego se marchó la buena señora, mis hijas se fueron á vestir para ir al teatro, y me quedé solo con mi mujer.

—¿Tu mujer? ¿Y qué pasó?

—Lo de siempre, cuando nos quedamos solos. La gran jaqueca. Es buena, cariñosa, dulce, la estimo, la respeto y la considero... pero no nos entendemos.

—¡Ya conseguirá que me dejes!

—¡Eso no! Tuvimos una escena muy desagradable y estuve muy enérgico.

—No te atreverías.

—¿Que no? Pues mira, le dije: «no me apures la paciencia, porque nos separamos. Tú eres libre... hasta cierto punto: yo soy dueño de mis acciones, y en paz, ó damos el gran escándalo».

—Te hablaría de mí.

—Por indirectas. Me dijo que gastaba demasiado, que en casa se debía la mar, que ella estaba humillada, despreciada, que las chicas se iban á quedar sin tener qué comer... y ilo que más me enfurece! se echó á llorar.

—Para que te ablandases.

—Pues no me ablandé. Lo que siento es que las chicas...

—¿Qué pasó?

—Del comedor habíamos pasado al despacho. Las niñas vinieron vestidas, oyeron voces, se detuvieron junto á la puerta y se enteraron de todo.

—¡Tonto! Haberte venido.

—Ya se me ocurrió; pero, se me había levantado tal dolor de cabeza, que tuve que acostarme y tomar antipirina.

—¡Potingues! Y yo aquí sola.

Quiso él entonces abrazarla por quitarle el enojo, mas ella, levantándose de su lado, le dijo muy seria:

—Todo eso está muy bien, y el cuadro de familia interesantísimo. Para evitar que se repita esta tarde, me llevas á comer á cualquier parte.

—Convenido. Y no mando recado á casa; ya se irán acostumbrando.

Magdalena sonrió gozosa, y volviendo á su interrogatorio y reprimenda, para disimular la alegría, preguntó con gesto desabrido:

—Y hoy, ¿por qué no has venido más temprano?

—He tenido que hacer una visita.

—¿A quién?

—A un amigo con quien estoy organizando una Sociedad muy útil y provechosa. Ahora no existe ninguna semejante, ni parecida: queremos que sea medio sociedad, medio cofradía, con honores de tribunal. Si nos dejan, el Santo Oficio con levita. Hace mucha falta, porque hoy no se respeta nada, ni se cree en nada; el sentido moral anda por los suelos, el mundo está perdido... Pero tú no puedes entenderme.

Magdalena, sonriendo entre provocativa y burlona, al mismo tiempo que se prendía las últimas horquillas en el moño, volvió la cara hacia su amante, hizo con los ojos un guiño muy expresivo, y dijo:

—Hazte socio, monín. Oye, ¿y cómo se llamará esa hermandad?

—*La hoja de parra.*

—¿Y para qué es?

El caballero se puso muy serio y con voz grave y sonora, repuso:

—*La hoja de parra* será una Asociación para atajar los progresos de la inmoralidad y de la falta de fe . . .

JACINTO OCTAVIO PICÓN

CRÓNICAS SOCIALES

Solidaridad

Once de nuestros infortunados camaradas de Barcelona, entre los cuales se encuentra el pintor Sagristá, claman desde sus prisiones pidiendo nuestra ayuda en los amplios dominios de la fraternidad universal.

Son éstas sus palabras:

«Á todas las personas de conciencia honrada y sentimientos generosos, naturales enemigas de la injusticia y la crueldad; á los hombres progresivos de alma liberal, tolerantes y altruistas, que reniegan de los tiempos inquisitoriales; á los obreros dignos que se esfuerzan en una lucha incansable contra los tiranos, para alcanzar su emancipación; á los amantes de utopías, que con sacrificio siembran semilla de ideales de amor y de bondad; á la Prensa, que esparsa al libre viento los gérmenes de vida, que alimentan y libentan el espíritu, y cuyos derechos sacratísimos son ahora menoscabados por el imperio de la fuerza; á los artistas y pensadores, que forjan en su mente la humanidad futura, en pago de lo cual están amenazados de encontrar sepultura en un presidio;

Á todos, en fin, los que aman y trabajan, los que luchan y sueñan; los que veneran á su siglo y el nombre de su patria; á todos los que ansían que el hombre sea más bueno, y el trabajo más libre, y la vida más bella.

Nos dirigimos nosotros pobres prisioneros víctimas de persecución por

la justicia, soñadores de ideales, que si hemos infringido la ley escrita en los Códigos, fué por obedecer la ley de la conciencia, más alta y más eterna que todas las humanas:

Y os pedimos ayuda fraternal, eficaz apoyo, solidaridad de compañeros; siquiera una palabra en favor nuestro, un acto de adhesión, un hecho que contribuya á conseguir nuestra libertad.

Vosotros lo podéis todo; sois la fuerza y la ley que rige las naciones, el poder que las defiende, la inteligencia que las guía. En vuestras manos están, pues, en realidad, nuestros destinos y por ello os dirigimos estas palabras para rogaros que pidáis ó que ordenéis á vuestros representantes, nos concedan por indulto ó amnistía la tan ansiada y justa liberación.»

¿Quiénes son los que así gritan desde el fondo de sus calabozos, y á qué suplicios no estarán sujetos esos batalladores avezados para que vague en sus labios el ¡ay! de los caídos sin ventura?

Son periodistas, son pintores, son obreros. Por un artículo ó una lámina ó una palabra dicha en un corrillo, —que calificaron de ofensivos al ejército los Fernandosétimos de la más absurda monarquía que mancha el progreso de los actuales tiempos— han sido condenados á doce y quince años de presidio. En sus hogares hay ham-

bre, en sus corazones hay tristeza. Y esa tristeza y esa hambre que transmitidas á la prole se convierten en rabia, serán — no lo dudéis, compañeros — las fuerzas propulsoras de la sociedad futura, que al estallar en bombas numerosas, borrarán un día la casta de los tiranos en la tierra.

Y ante ellos siguen impassibles, indiferentes — como si de nada sensible se tratara — los sensacionalismos vividores que á raíz de esos abortos de la ira reprimida que el lenguaje burgués llama atentados anarquistas, elevan hasta el cielo el diapasón de su iracundia contra el crimen de los hombres que responden con el puñal ó con la bomba á la acción cobarde y cruel de sus menguados victimarios.

Cuando felizmente suelen caer «como reses degolladas» esas fieras humanas sobre cada una de cuyas conciencias gravita el deshonor, la desgracia y la muerte de millares de seres inocentes, la comparsa autoritaria de que está lleno el mundo encrespa sus furores y se organiza en todas partes para reprimir la sedición.

¿Por qué no habíamos de organizar nos todos los hombres honrados de la tierra para contrarrestar el salvaje sarpazo de las tiranías? Suprimida la idea de la patria del bagaje de nuestros

sentimientos, hemos de sentir como propias las desgracias y vengar como propios los ultrajes que padezcan los hombres en todos los puntos del planeta.

Tenemos la certidumbre de que antes de borrarse para siempre la fatídica visión de la guerra, habrá una epopeya final como resultado de la conflagración de todos los seres libres del universo contra los déspotas y sus legiones de esclavos voluntarios.

No es otra la finalidad de la agitación que en todo el mundo está organizándose contra el salvajismo delirante de la monarquía española, según los datos que nuestros camaradas de Europa y Sud América nos están transmitiendo por todos los correos.

Á esa agitación llevaremos también nosotros nuestra pequeña parte de fermento, desde este campo de lucha sin bandera en que somos soldados voluntarios del ideal común.

Compañeros de Barcelona, esperad! Vuestro grito ha sido escuchado en todas partes. Muy pronto irá á acampar por vosotros al pie de los torreones de Montjuich, el más vigoroso y temible de los esfuerzos internacionales.

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN

Tribuna para los Trabajadores

Hacia el porvenir

Ante la interrogación amistosa del campesino, detengo el paso de mi cabalgadura. Estamos al pie de la empinada cuesta; por donde quiera la vida canta su eterno himno de inmortalidad. Se oye entre el follaje de los árboles y á nuestros pies ese movimiento incesante de multitud de insectos que elaboran la vida del seno mismo de la muerte. El río corre por el fondo del barranco con ímpetu devastador, con fuerza destructora que ha sido sin embargo domada por la mano del hombre

y que encausada inteligentemente ha de convertirse luego en energía propulsora que iluminará las tinieblas de la noche.

¿Vamos á rezar á la iglesia?—me dice el campesino.—No, le contesto. Mi oración es el trabajo; mi templo es esta naturaleza encantadora que por todas partes nos rodea. ¿Cree usted que un ser perfecto, como se dice que debe ser Dios, tiene necesidad de las oraciones de los hombres? Demasiado pequeño sería entonces ese

Ser Augusto que siente halagada su vanidad con el monótono ruido de una oración repetida automáticamente con inconsciencia de papagayo.

Las generaciones venideras no tendrán templos,—proseguí yo,—y no se extrañe usted de mi afirmación. Hablo teniendo en cuenta que una época histórica es un momento no más en la vida de la humanidad; el triunfo de una idea puede representar siglos de trabajo y de martirio, pero para la vida eterna son minutos de un eterno día. La religión cristiana que usted considera divina y que fué predicada por los labios de Dios-Hombre, necesitó para triunfar del pasado trescientos años, después de cruentos sacrificios y de luchas heroicas y no venció porque su origen fuera divino; sino porque era el nuevo grito de emancipación de la humanidad. Cristo no hablaba en nombre de ningún Dios, hablaba en nombre del mundo entero; no era hijo del cielo, era hijo de la humanidad; de la humanidad nueva que pedía una doctrina nueva que viniera á rejuvenecer su espíritu ya cansado de tanta idolatría, de tanta miseria, de tanta esclavitud.

¿Qué significan sin embargo, trescientos años en la vida de los pueblos?

—Sí, pero las iglesias no se acaban, cada día que pasa se levanta una nueva.

—Áparentemente así parece. Pero ¿quiénes son los que levantan esos templos? Son los hombres que repre-

sentan una época y no hacen más que obrar conforme á sus temores ó á sus ideas.

¿Levantarán templos los pueblos del porvenir? La humanidad está cansada de tanta idolatría, de tanta explotación, de tanta miseria. Ya no ve en la iglesia el refugio consolador de sus penas y sufrimientos, ya no se acerca á ella con la confianza humilde del idólatra y el campesino mismo comienza á señalar sus muros con terror, traspasa sus umbrales con miedo porque si desea acercarse á su Dios, sabe también de antemano que va á ser desvalijado.

Pero está bien, siga usted su camino y yo el mío. Usted va hacia el pasado y yo hacia el porvenir; sus ideas son las de una época que muere, las más son las de una época que nace.

—Eso que usted dice, no lo veremos nosotros.—Pero lo verán las generaciones venideras. La idea no se detiene; el progreso es ley universal. «Para qué han servido tantas hogueras, las de Juan Hus, de Jerónimo de Praga, de Savonarola, de Juana de Arco, sino para encender la pura llama del porvenir! Al arrojar estas cenizas al viento, se sembraba un siglo nuevo».

Dije y el campesino marchóse pensativo, sintiendo en el fondo de su alma la verdad de las cosas, pero dominado su espíritu por las cadenas odiosas del pasado.

BOLÍVAR MONTERO

A modo de crónica

El sueño.—El estudio del sueño es siempre de actualidad. Un fenómeno que toma al menos un tercio de la vida, tiene que preocuparnos á todos, fisiólogos, poetas, filósofos ó simples obreros. Aquí van dos palabras de la conferencia *La physiologie du sommeil* hecha por R. Legendre en el Museo de Historia Natural de París, el 7 de mayo último:

...Esos dos sentimientos, el de la personalidad una y continua y el de

la realidad, son igualmente objeto de los estudios de los psicólogos y de los médicos. Y ellos observan curiosos fenómenos. Si la mayor parte de los hombres tienen una personalidad neta y fuerte, hay otros que la tienen desagregada, y aun hay algunos que acaban por tener dos personalidades absolutamente independientes, como los histéricos observados por Mac Nish, Azam, etc. Si la mayor parte de los hombres distinguen claramente la rea-

lidad y el ensueño, hay otros que no saben hacer tal demarcación y toman sus ensueños por realidades y las realidades por ensueños.

Pascal decía: «Quién sabe si esta otra mitad de la vida, en que pensamos estar despiertos, no es sino otro sueño distinto, del cual despertamos cuando creemos dormir».

La Naturaleza es la Maestra.—

El profesor Lad. Haskovec, de Praga, termina así un importante escrito acerca de la localización de la conciencia:

La naturaleza sola ha inspirado al hombre la mejor civilización. Las condiciones dadas al hombre por la naturaleza misma le han conducido inconscientemente hacia la cultura superior—cultura del bien, de la moral, de la simpatía, de la previsión y de la caridad. Siempre que el hombre se ha separado de la naturaleza, ha caído en la enfermedad y en la degeneración. La moral, reflejo de las leyes de la naturaleza, es, de las cualidades hereditarias de la materia cerebral, la mejor adecuada á la lucha por la existencia.

(*Revue Scientifique*, 15 abril 1911).

Cree en tí!—Me dices que has perdido la fe en lo invisible. O que no la has tenido nunca. O bien que tú «vives de buena sopa y no de bellas palabras». O que «toda felicidad que no se alcanza con la mano es un sueño». Que no quieres sacrificarle á un Ideal. O hacer el menor esfuerzo por lo desconocido de mañana. Y que quieres vivir ya ya, sin molestarte con perseguir quimeras.

Y me preguntas—reacción atávica—si no has resbalado de la duda que tortura al escepticismo que embota. Si no has cambiado la ortiga por la amapola. Te sientes sin energía y sin iniciativa. No hay horizonte en tu ruta. El cielo parece bajo y el aire pesado. El *fin* hace falta. ¡Y se acaba tan pronto el día!

Y yo te respondo que no has sabido deletrear. Que no sabes leer el libro de la vida. Y que no aprendes las lecciones más simples. Ve, pues, á contemplar la hierba que brota entre las

piedras de la calle. Ó el arroyo que baja de la roca escarpada. Ó el pajarillo que se ejercita en volar. Ó la araña que vuelve á comenzar su tela. Ve afuera. Y observa. Y considera. Y escucha. Y cada cosa, cada ser, te hablará de su fe en sí mismo. Su fe en la propia tarea. Su tarea presente, por insignificante y de pocas consecuencias que parezca. Su fe en el éxito del esfuerzo actual, aun cuando el esfuerzo inmediatamente anterior haya fracasado. Una fe tan poderosa y tan práctica, que ha producido el milagro de la continuidad de la existencia, á despecho de los cataclismos geológicos y de las modificaciones meteorológicas. Á despecho de las degradaciones de ese destructor sin entrañas que se llama hombre.

¡Oh! ¡Tener fe en sí mismo! Fe en lo que se emprende. En su ocupación. En la obra á la cual uno se ha unido. Presentemente. Por hoy, es decir, por el pasado, que no es sino el presente que acabas de recorrer, y por el futuro en que penetras á cada instante. Por hoy, es decir por el tiempo que te queda de vida. Por todo lo que has de ser, pues continuamente estás al emprender algo. ¿Qué importa lo Invisible y lo Indefinido y lo Ideal? ¿No eres tú la Realidad y no es la obra de tus manos la prueba de que no eres una Sombra? Cree en tí. Obra, pues, y el resto—entusiasmo, ardor, atrevimiento, perseverancia, tenacidad, rebusca del riesgo y desprecio del peligro—y el resto te vendrá por añadidura.

(Final de *Aie foi en toi*, por E. Armand, junio de 1911).

Dios y la cocina.—Nietzsche es un símbolo del individualismo moderno. Es un hombre que se aparta y juzga. Y como hoy no es fácil hacerse oír, apela á todos los medios.

Á la antigua herejía (en griego *airesis*: opinión, separación) oponemos hoy la *independencia* moderna. En este sentido, Nietzsche toca al desideratum, porque es irrespetuoso, artísticamente, é irreligioso, intelectualmente: formidable, en suma.

Él nos ha enseñado que Europa es

insoportable, que sus habitantes cristianos no son ni cristianos ni religiosos ni limpios. Nietzsche ama el Oriente—¡Ah! la gran patria!—porque su fe es pura y su modo de vivir bello y modesto. La edad de oro de la fe europea, la Edad Media, fué una época de brutalidad, de suciedad y de terror. Entonces «se engordaba con remordimientos», se cerraban los baños y la piedad desaseada hacía nacer pestes vengadoras.

Entre las numerosas arrogancias del autor de *El Antecristo*, figuran aquellas en que explica «por qué es él tan juicioso» y «por qué escribe tan hermosos libros».

En *Ecce Homo*, se muestra insolente, grandiosamente, ante los ojos asombrados de la plebe, y nos habla de sus ideas íntimas á varios respectos, religioso, moral, privado.

Se llena de indignación al ver proponer ciertas cuestiones irresolubles é inaccesibles, tal es la masa de prejuicios en que están embrolladas. Oigámosle:

«Dios es un asunto del tamaño del puño; es una falta de delicadeza cometida por los otros pensadores...» Lo que interesa á la humanidad, lo que asegura su salvación, mejor que las discusiones teologales, es la cuestión de... *la alimentación*...

Dice Nietzsche que hasta la edad madura él se alimentó mal y le echa la culpa á la cocina alemana. ¡Qué de faltas de sentido fisiológico pesan sobre su conciencia! La sopa antes que los otros platos, la carne, etc. Y, en fin, la necesidad de beber después de las comidas. Esto explica el origen del espíritu alemán, «que proviene de los intestinos enfermos... El espíritu alemán es una indigestión...!» «Todas las ideas preconcebidas vienen de los intestinos».

Nietzsche no tomaba alcohol. En Munich, centro artístico y literario, en donde se bebe hasta reventar, Nietzsche tronaba contra el alcoholismo. «Un vaso de alcohol basta para que la vida se transforme en un valle de lágrimas».

El aplica el «conócete á ti mismo» socrático, á su propio estómago, cuyas dimensiones verdaderas y resistencia íntima quiere conocer ante todo. Nada de café que excite. Nada de sedentarismo. Los músculos necesitan ejercicio, como el corazón latir y los ojos ver...

La cuestión de clima es para él de igual importancia á la de nutrición. Á nadie es lícito vivir impunemente en un lugar cualquiera. Las grandes ciudades, París, Florencia, Jerusalén, Atenas, lo son gracias á alguna particularidad física que favorece la vida.

Á la elección de los alimentos y del clima, conviene juntar la del modo de distraerse razonablemente. La lectura es el ideal. Ella nos hace pasearnos entre inteligencias lejanas, nos hace viajar á través de la ciencia y del arte. Pero es indispensable permanecer igual á uno mismo. La lectura no debe conducirnos á la destrucción de nuestra propia personalidad. Que nuestras mentes, para engendrar las ideas, «no sean semejantes á los fósforos, que necesitan ser frotados para producir luz».

(V. Días Pérez, *Nietzsche et l'hygiène moderne*, junio de 1911).

Sigue la batalla.—En plena ebullición continúan las discusiones acerca del clasicismo en la segunda enseñanza. Dos cosas notará el observador imparcial: 1^a Los buenos pensadores, casi unánimemente, acuerdan hoy á la segunda enseñanza propiamente dicha una importancia capital. 2^a Las filas de los clasicistas aumentan día á día.

LENGUAS Y MATEMÁTICAS, esta es la divisa. Esta divisa puede resumirse en una sola palabra: ENTENDÁMONOS! Investigadores, yates, trabajadores de todas suertes, entendámonos, cuidémonos de los medios de expresión. El descubrimiento de la verdad, la adivinación de la belleza, de poco ó nada sirven si no pueden darse á conocer. *Saber hacer* es útil, pero *hacer saber* importa más. Un lenguaje preciso y correcto es el instrumento por excelencia de toda cultura. Estamos escribiendo, pero más valdría no hacerlo si, por culpa nuestra ó vuestra, estas

palabras no han de ser comprendidas en el sentido mismo que nosotros queremos.

Al cabo de largos años de «realismo», asistimos hoy al renacimiento del clasieismo. ¡Arriba las 3 R de los ingleses, to read, to write, to reckon (leer, escribir y contar)!

La gran batalla se da ahora entre los mismos classicistas, divididos en dos bandos principales, cada uno subdividido á su vez en diversos grupos: I. El de los que quieren el clasieismo con las lenguas muertas como base. II. El de los que quieren el clasieismo con las lenguas vivas como base.

Oigamos algunas voces:

CLÁSICOS DEL PRIMER BANDO. — «Los nuevos bachilleres no saben casi ni más álgebra ni más física ni más lenguas vivas que los de antes. Toda la diferencia está en que los nuevos no conocen su propia lengua». «El latín es una lengua como las otras y debe ser enseñado como ellas, por la lectura y la conversación. El modo de enseñarlo en otro tiempo es lo único que merece ser llamado «muerto». Lo que es inmortal debe ser enseñado como lo que vive».

(Marcel Prévost, *Les Annales*, 1911).

Véanse también nuestras notas de los números 8 y 15 de RENOVACIÓN.

CLASICISTAS DEL SEGUNDO BANDO. — «Tengamos el culto de las lenguas muertas — ¡Sea! — pero no su superstición». (A. Ribot, de la Academia francesa, discurso en el Senado, 3 julio 1911).

«La utilidad del latín está en suministrar un método de análisis y de razonamiento. Gracias á las declinaciones y conjugaciones y á la construcción sobria y diversa de la nuestra, cada frase se convierte en un problema para el alumno, análogo á los problemas de geometría y de aritmética, pero de naturaleza moral y no física. Como el latín es una lengua madre, y madre de la nuestra, y como es, además, una lengua primitiva, hecha por gentes menos complicadas que nosotros, conviene perfectamente á nuestros niños. Pero hay equivalentes: ahí

están para ello los buenos autores franceses é ingleses de los siglos XVI y XVIII».

(Taine, *Correspondance*, pág. 146).

«Ciertamente las versiones griegas y latinas son una gimnasia intelectual muy buena, porque habitúan al niño á separar las ideas de las palabras y los objetos de los signos, y le obligan á reflexionar sobre las cosas mismas... pero el beneficio de este trabajo cerebral se encuentra casi idéntico en la versión alemana, inglesa, italiana...»

(Raymond Poincaré, exministro de Instrucción Pública en Francia, *Inquisita parlamentaria*, página 673).

«En apoyo de esta última afirmación, yo citaré, si me atreviera, el testimonio de una experiencia personal de 30 años de viajes, de lecturas y de traducciones de memorias científicas, escritas en 5 ó 6 lenguas extranjeras. Lo mejor de mi francés lo debo á estas traducciones». «Sin duda alguna, el latín sigue siendo un admirable instrumento de cultura; pero sólo unos pocos escogidos son capaces de utilizarlo. En cuanto á la masa, que se le enseñe el francés mediante el latín ó mediante las lenguas vivas, los resultados son idénticamente los mismos y semejantemente medianos, así lo prueba una estadística irrefutable». «Procúrese remediar la situación mejorando programas y métodos, desarrollando los ejercicios literarios, obligando á los alumnos á escribir una composición de física ó de geometría tan correctamente como un ejercicio de francés; restablézcase la versión de lenguas vivas, suprimida por error. ¡Nada de mejor! ¡Pero no nos adormecemos con quimeras! ¡No exageremos la influencia de la escuela! La vida y la observación enseñan mucho más que la Escuela, y así lo demuestra el ejemplo de los grandes hombres».

(Ch. Lallemand, miembro del Instituto de Francia, discurso presidencial, Congreso Científico de Dijon, agosto de 1911).

La herencia á la luz de las investigaciones recientes.—Con este

1 A una conclusión semejante llega Julio Lemaitre.

título, *Heredity in the light of recent research*, ha publicado la University Press, Cambridge, un pequeño volumen dedicado, no á los especialistas, sino á los intelectuales en general. En forma concisa, se encuentra en él la exposición de los grandes problemas relativos á la herencia. El autor, L. Dancaster, aplica á la sociología los resultados adquiridos por el estudio de esos problemas. Estando demostrado que el medio y la educación modifican imperceptiblemente el patrimonio hereditario, llega Dancaster á la conclusión de que los hospitales, asilos, escuelas para anormales, etc., no

pueden sino contribuir á la degeneración de la raza. Protegiendo á los incapaces, dice, la sociedad se hace un mal, pues favorece la propagación de los degenerados. Nosotros llegamos á la conclusión opuesta. Si la vida de un hombre es demasiado corta para que pueda ser apreciable la influencia del medio, la vida de una raza se cuenta, en cambio, por un número de años indefinido. Las imperceptibles ventajas individuales determinadas por un cierto medio, llegan á constituir, andando el tiempo, un capital de primera importancia.

Acusando recibo

EL PILOTO, por J. Fenimore Cooper, versión castellana de A. González, 2 tomos, Garnier Hnos., editores. Es una novela histórica. El protagonista, Paul Jones, escocés, vivió en el último tercio del siglo XVIII. La primera intención del autor ha sido «describir escenas que pertenecen al Océano de una manera absoluta». De los críticos no se preocupa Fenimore Cooper. Los comprende á todos dentro de la clase de «marinos de agua dulce» y dice que, por poca que sea la discreción de ellos, han de guardarse de poner de manifiesto su ignorancia.

DEL SOLAR SEVILLANO, versos por J. Muñoz San Román, Garnier Hermanos, editores.—E. Gómez Carrillo dice en el prólogo:

«Y realmente no sólo parece un moro, Muñoz San Román, sino que lo es. Sus ojos conservan visiones de tierras remotas. En su corazón hay desesperaciones resignadas iguales á las que hacían que Saadi comparase su propia alma á un león encadenado».

CULTOS PROFANOS, por E. Gómez Carrillo, Garnier Hnos., editores.—Bellos capítulos sueltos sobre el culto del éxito, el del ritmo, el de la violencia, el de la información, la seriedad,

la belleza, la soledad, la sencillez, etcétera. Sin escoger, abramos el libro en tres lugares distintos:

El culto de la Naturaleza, páginas 3 á 10:

... Pero es cual consejeros de vida tranquila y enérgica, cual grandes guías de existencia instintiva, como hay que considerar los árboles. En los momentos de duda ó de tristeza, de inquietud ó de angustia, ningún ejemplo superior al suyo. Con una calma que nada perturba, sométense á todas las leyes de la naturaleza cantando siempre... La disciplina milenaria que los arraiga á la tierra natal, les dá la fuerza invencible de lo inmóvil. Sus movimientos vitales desconocen las vanas impacencias y las estériles rebeliones. Desarrollándose conforme á sus elementos, no tienen que temer ni sorpresas ni sobresaltos. Toda su evolución es de la más pura armonía y por eso su belleza es incomparable, casi divina.

... Contemplando un grupo de castaños es, de fijo, cuando Jules Renard escribió aquellas líneas que dicen:

«Viven en familia, los más ancianos en medio, y los pequeñuelos que apenas acaban de echar sus primeras hojas, alrededor, pero sin apartarse mucho.

»Con sus largas ramas se acarician como para decirse que están ahí.

»Si el viento sopla, gesticulan encolerizados, temerosos de que sus raíces se debiliten.

»Pero entre ellos, jamás una disputa. Murmuran siempre de acuerdo.

»Viéndoles, siento que serán mi verdadera familia. La otra la olvidaré pronto. Ellos me adoptarán poco á poco, pues para merecerlo estoy ya aprendiendo lo necesario.

»Ya sé contemplar las nubes que pasan.

»Ya sé estar quieto.

»Ya casi sé callarme».

Este delicioso poema que encuentro en la Antología de L. Pierard, me parece que las ligas de defensa de los árboles debieran publicarlo ilustrado, para repartirlo en las escuelas. Porque si hay algo que hace sentir la verdadera vida afectuosa de los grandes vegetales, es esa melancólica fantasía. Y de lo que se trata, es de hacer sentir á los niños—á los niños chicos y á los niños con barbas—esta verdad profunda y necesaria, que los poetas vanidosos creen haber descubierto y que en realidad es obra de la ciencia y de los sabios.

...—¿Sabe usted en qué consiste eso?—explícame, un día, mi amigo Roso de Luna.—En que nosotros los simples experimentadores no tenemos prejuicios. Cuando un fenómeno nos aparece claro, nos apresuramos á renunciar á nuestros principios anteriores. En cambio los artistas, los literatos, los poetas, son siempre conservadores. La idea de que una planta no sea sino un animal con raíces les obligaría á renunciar á mil imágenes milenarias...

El Culto del Hombre Maduro, páginas 169 á 177:

Las cabelleras que encanecen están de moda... Las damas y damiselas de

nuestra época, no consienten en amar sino á aquéllos que, ya llenos de experiencia, han pasado el istmo de los 40 con sus cuarenta mil desilusiones. ... En la comedia de Romain Coolus estrenada anoche en el teatro de la Renaissance, la exquisita Suzette Sormain, que es el diablo con ojos aterciopelados y faldas frufutantes, dice á su amigo el Doctor Darcier:

—¿Pero de dónde sales tú para no saber que las mujeres, lejos de detestar las cabelleras emblanquecidas, se mueren por ellas?...

—¿Por qué?—le pregunta él y ella responde:

—No sé por qué ... porque sí ...

Es la razón de todas las amorosas. Lo ama porque lo ama. Sólo que si lo ama á pesar de sus canas, es que una concepción erótica existe en nuestros días que no había existido nunca antes ... Estamos en la época de las canas triunfantes. El mismo *Figaro*, en un editorial reciente, decía:

«La prueba segura nos la dan cada día, hace ya mucho tiempo, las crónicas menudas, la novela y el teatro contemporáneos. La desconfianza con que las jóvenes y las mujeres en general, miran hoy á los hombres demasiado tiernos, es un sentimiento muy reciente, cuyas trazas costaría trabajo encontrar en el teatro clásico ... Sin fijarnos en ello, se ha producido, desde el siglo XVII, una evolución psicológica, que no nos extrañaría fuera consecuencia y reflejo de una evolución social paralela».

Y si esto os parece absurdo, interrogad á los psicólogos para ver que, muy al contrario, dadas las circunstancias actuales de la existencia social, el verdadero amante ideal es el que tiene ya sus 8 lustros cumplidos. ¿Por qué?... Por mil razones que los

1 Trad. E. J. R.



BIBLIOTECA DOMENECH. Acaban de llegar las siguientes obras: APUNTES DE UN DESCONOCIDO (2 tomos), LAS CEREZAS DEL CEMENTERIO, EL ESPADA MONTES Y LA VOZ DE LAS CAMPANAS.

sabios saben explicar y que yo no conozco sino confusamente. «Porque—dice Coolus—las exigencias de la lucha por la vida retrasan en el hombre contemporáneo la aparición de la crisis pasional».

Por eso, en efecto. Pero también por otros motivos más sutiles y menos prácticos. También porque el hombre que con los años pierde algo de su petulancia y algo de su vanidad, llega á la puerta de la que ha de ser su última víctima ó su último verdugo, con mayor abandono y mayor espíritu de sacrificio. También porque los ojos que han llorado saben, mejor que los ojos frescos, cuáles son las miradas que llegan al fondo del alma. También porque las manos maduras conocen mejor el secreto de las caricias enternecedoras y cautivantes.

... Los artistas sobre todo, los pintores famosos, los literatos notorios, los dramaturgos aplaudidos, son al acercarse á los 45, los niños mimados del amor.

... Pero en realidad, no es ni la fortuna ni la fama las que han hecho á esos hombres felices. Son las gracias de su edad, las seducciones de sus maduresces ilustres, las delicadezas pasionales de sus ojos llenos de experiencia. Para comprenderlo, no hay más que notar, como lo notan todos los que no están distraídos, que frente á ellos, disputándoles sus divinas presas, otros parisienses ricos, célebres y sin canas, se yerguen y no logran vencerlos.

... Ellos mandan y ellos seducen. Ellos son, á la vez, la razón y la fantasía. Á ellos han ido siempre los honores y las riquezas y por encima de los honores, á ellos van ahora las miradas de amor. ¡Oh, cuarentones, mis mayores, con cuánta impaciencia voy á encaminarme hacia vuestra edad!...

El culto de la toga, págs. 263 á 264:

Ampliando la pregunta y llegando hasta el fondo del problema, ¿por qué

no han de existir al lado de los abogados, las abogadas? Se ha dicho de las médicas ó doctoras que son indispensables para ciertos casos, en que la mano de la mujer, más suave que la del hombre, más maternal, más acariciadora, es por sí misma un bálsamo. De las abogadas podría decirse lo mismo. En el universo doloroso del Palacio de Justicia, donde se representa el último acto de todos los dramas, en donde las más formidables tragedias alternan con las más ligeras farsas; donde hay fatalidad y predestinación; donde todos los misterios se confunden en un caos de angustia; donde junto al asesino que ruge, vemos á la novia abandonada que llora; donde el supremo vicio codea á la suprema virtud; donde las máscaras más impasibles se crispan; donde los corazones más leales tiemblan; donde toda la humanidad expone sus llagas, en fin, una mano femenina no está nunca de más. ¡Cuántas veces la acusada, ruborizándose ante los interrogatorios bruscos de un abogado, calla por pudor los detalles que mejor servirían á su causa! ¡Cuántas veces un alma sensible se desespera de no poder hallar en el hombre que la defiende, la comprensión que sólo existe entre seres del mismo sexo! Los gritos de Linda Murry, diciendo en su calabozo de Turín: «¡Sólo una madre puede comprenderme!» son los gritos de toda una clase de infelices. La mano de la mujer es indispensable en los lugares donde hay lágrimas que enjugar, heridas que vendar, dolores que calmar. Y si os parece mal que sólo hable desde un punto de vista, me permitiré agregar, entrando en lo positivo, que la justicia misma, si no se equivocan los filósofos feministas, debiera tener un interés grandísimo en asegurarse la colaboración femenina. La abogada, más sutil que el abogado, será, un día ú otro, el mejor juez instructor...

E. J. R.



Ponemos en conocimiento de los suscriptores y agentes que no hayan cancelado el recibo del tercer trimestre lo hagan á la mayor brevedad, si quieren recibir el número dedicado á F. Ferrer.